LA NUEVA PORNOGRAFÍA

Decenas de revistas, la mayor parte de las cuales son imitaciones baratas de "Playboy", recuerdan a los norteamericanos que el sexo existe



En 1960 una joven señora norteamericana —Lillian Maxim Serett— publicó un libro titulado "Manual sexual del ama de casa" (*The Housewife's Handbook of Selective Promiscuity*), que contiene instrucciones precisas —y escabrosas, según la moral tradicional— acerca de las prácticas sexuales más convenientes para la mutua satisfacción de los cónyuges. Este fruto tardío y paradójico de una sociedad educada en el puritanismo protestante fue saludado por el psicoanalista Albert Ellis, de Nueva York, como "uno de los libros más honestos y valientes sobre el sexo", mientras que el ensayista Dwight Macdonald lo encontró simplemente "vulgar y carente de valor literario".

La autora relata allí su vasta experiencia personal hasta los 36 años, y lo hace con tal desenvoltura que en 1963 el tribunal de Filadelfia lo prohibió bajo la acusación de obscenidad y por trasgredir "los límites que la sociedad tolera". Lillian Serett declaró ante el tribunal: "Pocos comprenden el papel de la mujer en el sexo. La mujer tiene derechos sexuales". Pero aunque la osada autobiografía erótica fue prohibida y su editor (Ralph Ginzburg, editor también de la revista *Eros*, que sufrió idéntica suerte judicial) debió pagar una cuantiosa multa, la aparición del manual sexual para el "ama de casa" expresa a través del escándalo lo que se conoce ya como la revolución sexual norteamericana.

El nuevo clima

Según algunos psicólogos de orientación psicoanalítica, durante la década del 50 el impulso antipuritano inconsciente de los EE. UU. logró encarnarse en el símbolo de Marylin Monroe, quien respondió a la pregunta: "¿Qué es lo que usted más prefiere?" diciendo con ingenuidad sospechosa: "Un whisky antes y un cigarrillo después". Pero esta "ingenuidad" y el uso del circunloquio para nombrar lo innombrable delataban todavía las ataduras de las pautas éticas tradicionales, ataduras que la nueva generación no parece dispuesta a respetar.

En la comedia musical "*¿Por qué corres, Samuelillo?*, estrenada el año pasado en Broadway, una muchacha canturrea de manera inequívoca: *Las bebidas son buenas, / bailar de este modo también es agradable, / ¿pero por qué postergar la cosa más completa, / más dulce y amistosa / que pueden hacer dos personas juntas?*

Esta reivindicación abierta del "de-





Senta Berger (arriba) y Carol Lynley (abajo izquierda) se desnudaron también para millones de norteamericanos, a través de las fotos de "Playboy", que paga bien el erotismo a distancia: 25.000 dólares por el desnudo de Marylin Monroe, y 15.000 por el de Ursula Andress, a quien fotografió su propio marido, John Derek: "un hombre práctico". El antipuritanismo no es incompatible con los buenos negocios.

recho al placer" tiene lugar en un clima saturado de una sexualidad franca y agresiva. Pasaron ya los tiempos en que una actriz podía estremecer al público masculino alzando graciosamente su falda para mostrar unos centímetros de blancura secreta, aquellos tiempos de la década del 20 en que el cuentista F. Scott Fitzgerald asustaba a las madres revelándoles "cuán insensiblemente sus hijas adquirían la costumbre de ser besadas". Libros casi inencontrables hace algunos años están ahora al alcance del público en quioskos y librerías, desde el *Kama Sutra* hasta *Justine*, del marqués de Sade; *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller, y *Memorias de una prostituta*, de John Cleland. Ayer todavía escandalosas y pornográficas, son aclamadas hoy como alta literatura, para ilustrar quizás el aforismo antipuritano de D. H. Lawrence: "Lo que para un hombre es pornografía para otro es solamente la risotada del genio". Ante esta avalancha de literatura sexual que circula libremente, los profesionales de la pornografía incursionan en el homosexualismo y las prácticas sadomasoquistas, con el propósito de mantenerse "a la vanguardia". En los clubes privados de la costa californiana, la última moda es el uniforme monosintético (mokini) para las camareras del bar, que ofrecen a sus clientes el inquietante espectáculo de sus senos desnudos.

Aunque la formación de la atmósfera antipuritana es imputable a factores de índole diversa (psicológicos, jurídicos, sociológicos y económicos), hay dos hechos de particular relieve. En primer lugar el incremento del psicoanálisis —en la inevitable versión popularizada que lo convierte en una especie de religión científica con sus ritos y sus misterios— difundió la idea de que lo malo no se halla en la satisfacción de los instintos básicos, sino en su represión violenta, la cual es responsable de las tensiones psicológicas propias de la neurosis y la histeria. En la perspecti-

Actrices célebres y jovencitas aspirantes contribuyen con sugestivos desnudos a la declinación del puritanismo





Las empleadas de Hefner tientan a sus clientes pero se comportan como puritanas

va freudiana, el examen de las cuestiones sexuales no pertenece ya al ámbito de la moral sino al de la ciencia: no se trata de *juzgar* sino de *comprender*. Por otra parte la nueva mujer norteamericana, quizás como resultado de su creciente papel en la sociedad, rechaza ahora el dogma victoriano de que las mujeres solo constituyen un mero objeto de la lujuria masculina y que (salvo en los casos de perversión moral) son ajenas al placer físico. Esta actitud revolucionaria ha cambiado las relaciones entre los sexos, promoviendo lo que un sociólogo se atrevió a denominar "democracia sexual".

Pero hay signos alarmantes de que el antiguo pecado de concupiscencia no desaparece sin dejar otro en su lugar, aunque de signo inverso: el nuevo pecado consistiría en no entregarse al sexo de manera completa y éxitosa. Según el psicoanalista Rollo May, si bien el goce sexual ha aumentado para muchos, existe ahora una "compulsión competitiva para probar que se es una máquina sexual eficiente". Este puritanismo invertido es quizás el precio inevitable de una época de transición, que no ha encontrado aun el punto de equilibrio.

"Playboy" filosofía y negocio

Una expresión curiosa de la ofensiva antipuritana es la revista *Playboy* (3.100.000 ejemplares), que complementa los desnudos deslumbrantes, cuidadosamente fotografiados en color, con una elaborada filosofía: la "Filosofía del Playboy", expuesta sistemáticamente por su mismo editor, Hugh M. Hefner (39 años, rígido puritano hasta los 26). Cada edición de *Playboy* contiene una inquietante foto plegable de gran tamaño, que ofrece a las personas interesadas cómodos placeres visuales: desnuda en una playa solitaria, o tendida con premeditado erotismo sobre un cálido terciopelo, la "mujer del mes" (*the playmate of the month*) acaricia al ciudadano insatis-



En un cuarto especial, de su lujosa casa de Chicago, el exquisito Hugh Hefner, editor de "Playboy", muestra que sabe dar buenos masajes bajo una lámpara de rayos solares.

fecho con una mirada de excitante complicidad. La mayor parte de las mujeres fotografiadas son modelos profesionales o aspirantes al estrellato; fue así como inciaron sus carreras cinematográficas las actrices Jane Mansfield y Stella Stevens.

"La desnudez es la rebelión contra el puritanismo que ahoga toda expresión creadora", asegura Hefner, con el objeto de conferir prestigio filosófico a su feliz creación de "la mujer del mes", que constituye la clave de su éxito comercial. La revista abunda en consideraciones teóricas y mesas redondas en que personalidades conocidas discuten (con la brillante participación del propio Hefner) los temas candentes de la revolución sexual norteamericana.

Sin embargo, no todo es rebelión en la personalidad de Hefner. En noviembre de 1962, los estudiantes del Curso de Planeamiento Económico de la Universidad de Harvard fueron sorprendidos por un hecho insólito, que pone de relieve la importancia alcanzada por las actividades económicas del editor de *Playboy*: se presentaron a rendir examen y se habían preparado para responder a preguntas sobre la política del acero o los métodos productivos de la *General Motors*, pero el examen fue consagrado íntegramente a las operaciones del próspero empresario Hugh Martson Hefner, quien después del éxito de *Playboy* creó una gigantesca red de *Playboy Clubs*, una especie de versión americana de las "casas de té" japonesas.

Aunque las "geishas" de Hefner, a las que este llama "bunnies" (conejitos) ofrecen a sus clientes las ventajas de la desnudez, tienen respecto de sus hermanas orientales, una desventaja significativa: muy de acuerdo con la tradición puritana, las atrevidas *bunnies* "se miran pero no se tocan".

Esta desventaja no es compensada, naturalmente, por el hecho de que todas las *bunnies* se adornen con un par de obligatorias orejas de conejo.

Las *bunnies* actúan de acuerdo con las normas rígidamente puritanas que figuran en el *Bunny Manual*, redactado por el dinámico Hefner, el cual contiene un código muy elaborado: no deben fumar, ni beber, ni mascar chicle durante el trabajo; no deben revelar a ningún cliente su nombre o su dirección, y menos aun acceder a una cita. Y todo esto por las propinas, que constituyen sus únicos honorarios. Para orientarlas por el buen camino, cada *Playclub* tiene una Bunny Madre, y celosos detectives las vigilan constantemente. Estos tienen la orden precisa de tentarlas con el objeto de descubrir —y castigar con la expulsión— a los conejitos débiles.

Hefner no abandona jamás su preocupación por los "altos valores de la cultura": entre un desnudo y otro, el lector de *Playboy* puede redimirse de vez en cuando contemplando fotos de Jean Paul Sartre, quien explica a los miembros de los *Playboy clubs*, orgullosos poseedores de su llave de oro, los complejos problemas de la "angustia existencial"...

La actitud de las iglesias

Con variable audacia, la Iglesia Católica y las diversas iglesias protestantes se adaptan a las nuevas condiciones. Contrariamente a San Agustín, para quien el intercambio sexual es algo intrínsecamente malo aun dentro del matrimonio (a menos que se efectúe con el solo propósito de procrear y sin experimentar placer), el Papa Pío XII estableció en 1951 la doctrina de que "la mujer y el marido deben hallar placer y felicidad de mente y cuerpo". Robert C. Dodds, ministro de la Iglesia Unida de Cristo, no tiene inconveniente en redactar un apéndice para un libro en el que un médico recomienda a las parejas que "ensayen diversas posiciones y acciones de intercambio sexual". La idea subyacente es desarrollar una "teología positiva" sobre el sexo, poniendo mayor énfasis en las circunstancias que favorecen una armoniosa relación psicofísica entre la mujer y el hombre, aunque ello obligue a destruir rigurosos tabús que cubrieron el sexo con el estigma de la vergüenza y del pecado. La pérdida de la virginidad fuera del matrimonio no constituye una "caída" ignominiosa, y hasta la misma palabra "virgen" está adquiriendo connotaciones distintas. una "virgen" es ahora una mujer con escasa experiencia prematrimonial.

En busca de nuevas normas

Pero aunque las pautas éticas tradicionales están en plena crisis, graves interrogantes estimulan la preocupación de quienes desean adivinar en las luces y sombras de hoy la imagen de la moral futura. Las iglesias temen que un exceso de relativismo ético conduzca a la negación de las normas absolutas fundadas en el orden espiritual del universo; algunos sociólogos, que se origine un peligroso desajuste entre el hombre lanzado a una experiencia nueva y una sociedad todavía no madura para asimilar un cambio radical, y hay psicólogos que advierten sobre la creación de inéditas tensiones internas —como la compulsividad sexual— que amenazan desde un nuevo atajo el equilibrio psicofísico. Pero los promotores de la revolución sexual responden que el desajuste externo y la tensión interna no pueden ser mayores de las que produjo el imperio de la moral puritana, y que el cambio es necesario de todos modos. Algo enfermo —dicen— debe haber en una sociedad que da amplia difusión al crimen y a las diversas manifestaciones del sadismo, pero oculta con temor los hechos básicos relativos a la procreación y la ternura de los cuerpos que se aman. ◆